

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

EL ORDEN DE LA REDENCION (14-17). — Pasa luego Jesús a descubrir a Nicodemo alguna de estas celestiales verdades. Es la primera el hecho futuro del sacrificio de la cruz, sobre la que será levantado el Hijo del hombre a la hora de su muerte. Para ello se vale de un tipo ya conocido de Nicodemo: la serpiente de bronce, colgada de un palo, que curaba las mordeduras de las serpientes del desierto a quienes la miraban (Num. 21, 8.9), «signo de salvación», según la Sabiduría (Sap. 16, 5 sigs.): *Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea elevado el Hijo del hombre.*

En segundo lugar, los frutos de la redención por la muerte de Cristo, de valor infinito, no aprovechan a los que no creen en él; en cambio, son vida eterna para los creyentes. *Para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*

Revela en tercer lugar la causa primera de la redención por Cristo, que es el amor de Dios, tan grande como los frutos de la redención misma: *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.* Cada una de las palabras de este versículo es ponderativa del amor de Dios: es Dios infinito quien ama al hombre miserable; y le ama de tal suerte, que le entrega no un hijo cualquiera, sino al Único, consubstancial con él: todo ello, no sólo para salvar de la muerte espiritual a la humanidad, ya condenada a ella, sino para hacerla partícipe de la misma vida de Dios en el cielo eterno.

Y acaba Jesús de ponderar este amor revelando esta postrera verdad: que el Hijo de Dios ha venido al mundo, no como creían los judíos para juzgar a los idólatras y condenarles y exaltar solo a los judíos, sino para salvar absolutamente a todo el mundo: *Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.*

EFFECTOS DE LA REDENCIÓN, SEGÚN LA FE Y LAS OBRAS (18-21).— Con todo, los frutos de la redención no son independientes de la voluntad del hombre, por lo que toca a sí: es preciso creer en el nombre y en la obra de Jesús como condición para lograrlos: *Quien cree en él, no es juzgado*, porque es librado de la sentencia antigua de condenación, pasando de la muerte a la vida espiritual. *Mas el que no cree, ya está juzgado*, es decir, permanece bajo la sentencia primera, que comprendía a todos los hijos de Adán, y no hay necesidad de que sea de nuevo condenado, *porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.*

De esta sentencia son culpables los mismos hombres, porque no han querido recibir la luz del Hijo de Dios, que es la fe; ya sea resistiendo a las iluminaciones interiores, ya a la predicación, prefiriendo permanecer en las tinieblas de la incredulidad: *Y este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz.* La razón de este hecho es la corrupción del corazón, las costumbres pervertidas, que han sido siempre el

mayor obstáculo que ha tenido la fe: *Porque sus obras eran malas.*

Da Jesús una razón psicológica de este hecho: como los que cometen alguna acción indecorosa se esconden de la luz para no ser vistos, así los que son de perversas costumbres huyen la luz de la verdad, porque a su claridad verían su vida deformarse y se verían obligados a rectificarla: *Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que no sean reprendidas sus obras.* En cambio, los que viven según la verdad, amoldando sus obras a los dictados de la misma, no temen ser vistos, antes quieren que se vea la correspondencia entre sus acciones y la regla de la verdad, que procede de Dios: *Mas el que hace las obras según la verdad, viene a la luz, a fin de que sean manifestadas sus obras, porque han sido hechas en Dios.*

Tal es el famoso discurso de Jesús sobre la vivificación espiritual del hombre, que San Juan nos ha dado seguramente solo en bosquejo. Como veremos más tarde en la conversación con la Samaritana, como en el magno discurso sobre el pan de la vida en la sinagoga de Cafarnaúm, pronunciado dos años más tarde que este, el habido con Nicodemo es una verdadera sistematización de la vida espiritual, bajo su aspecto fundamental, que es el renacimiento a la nueva vida. Con la Samaritana, hablará de la teoría de la gracia; y a los cafarnaítas, de la vivificación del alma por la Eucaristía.

Dejaría profunda huella el discurso de Jesús en el alma de Nicodemo. Le veremos reaparecer más tarde para defender a Jesús ante los pontífices y fariseos con motivo de los discursos pronunciados por el Señor en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (Ioh. 7, 50 sgs.), y a la hora suprema de la sepulture del Redentor, cuando piadosamente llevará las cien Libras de mira y aloes para embalsamar el cuerpo de Jesús (Ioh. 19, 39).

Lecciones morales:

A) v. 2. —*Ninguno puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no estuviere con él.* — Ve Nicodemo los milagros que hace Jesús y, no obstante, tiene todavía escaso concepto de él, dice el Crisóstomo, pensando que necesita auxilio ajeno para producir aquellos prodigios, como cualquiera otro profeta o enviado de Dios; siendo así que el Padre le produjo perfecto, igual a Sí y suficiente por sí mismo para hacer lo que hacía. Es la condición de la humana mente; o pecar por exceso en la estimación de lo que aparece prodigioso, atribuyendo a Dios lo que tal vez es una superchería, y en este caso tenemos la credulidad necia, que ve a Dios donde Dios no está, o, lo que es peor, la superstición, que atribuye a Dios lo que tal vez es obra de su enemigo el diablo; o pecar por defecto, como se suele principalmente en nuestros días, rebajando o descalificando los mismos milagros de Jesús, negando tal vez la misma posibilidad del milagro, o bien no atribuyendo al milagro fuerza bastante para acreditar la misión o la intervención de Dios. El criterio de la Iglesia y de los sabios católicos es el mejor guía en este punto, sobre todo cuando se ofrecen casos dudosos.

B) v. 5.—*No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que renaciere del agua y del Espíritu Santo.* — La vida sobrenatural es una verdadera vida, en

todo semejante a nuestra vida natural, aunque superior a ella, porque nos hace partícipes de la misma naturaleza de Dios. Tiene ella su nacimiento, que es por el agua y el Espíritu Santo, es decir, por el Bautismo. El agua, junto con las palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», es la causa instrumental y eficaz de nuestro nacimiento espiritual. En el momento del bautismo viene el Espíritu Santo a borrar los pecados del bautizado y revestirle de la gracia de Dios, empezando entonces a vivir la vida de Dios. Sin este previo requisito no hay vida divina en el hombre. Luego se robustece esta vida por la fe, los sacramentos, especialmente por la Eucaristía, y las buenas obras, hasta que llega a su expansión definitiva, que es la posesión de Dios en el cielo. El pecado mortal mata esta vida divina en nosotros. El pecado venial la debilita. Por la Penitencia se recupera. Guardemos y nutramos la vida de Dios que el Espíritu Santo produjo en nosotros al ser bautizados, y procuremos recuperarla luego que por el pecado la hubiésemos perdido. La muerte en estado de pecado acarrea la muerte eterna, con los eternos tormentos del infierno.

C) v. 6.— *Lo que es nacido de la carne, es carne...* —La carne engendra carne, dice el Crisóstomo; el espíritu procrea espíritu. Como hombres que somos, hemos sido producidos por generación carnal por nuestros padres. Bajo este aspecto, hasta el mismo Jesús nació de carne, porque es el Verbo de Dios hecho carne. Pero como cristianos e hijos de la redención por Cristo, somos nacidos de espíritu, porque, como dice el evangelista San Juan, «a los que le recibieron —es decir, a los que abrazaron su santa fe— dioles potestad de ser hechos hijos de Dios, no nacidos de sangre, ni de voluntad de la carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Joh.1, 13), que es puro espíritu. Toda la teoría de la vida cristiana está encerrada en esta frase de Jesús que comentamos. Si predomina la carne, desfallece la vida del espíritu; si se sobrepone el espíritu vivimos más la vida de Dios espíritu. San Pablo nos habla de crucificar la carne, de que moriremos si vivimos según la carne, de que viviremos bien si con el espíritu mortificamos los hechos de la carne, etc.

D) v. 11.— Te digo que hablamos lo que sabemos... Jesús dice a Nicodemo que habla lo que sabe y atestigua lo que ha visto. Los creyentes no debíamos perder nunca de vista estas excelsas palabras del Maestro. Es testigo divino de las cosas divinas. En el seno del Padre ve Jesús todas las cosas, porque Jesús es el Verbo Dios, consubstancial con el Padre. Como hombre que es por unión substancial de la naturaleza humana a la Persona del Verbo, Única que hay en Jesús, el pensamiento de Jesús está lleno del pensamiento y de la verdad de Dios. Jesús «sabe» y «ve» como hombre, el pensamiento de Dios. Su predicación no fue más que la manifestación y el testimonio de la verdad de Dios. Su palabra, la que tenemos en los santos Evangelios, la que los Apóstoles consignaron en sus escritos, y la que quedó en el depósito de la tradición Iglesia, es palabra de Dios, manifestativa del pensamiento de Dios. Debemos profunda gratitud a Dios por el hecho de su revelación, por la misericordia con que nos reveló la verdad y por la absoluta garantía que tenemos para conocerla y distinguirla del error.:

E) v. 14.— Como Moisés elevó la serpiente en el desierto...: La serpiente

levantada por Moisés en el desierto no es más que un débil signo de la salvación que nos ha venido por el sacrificio de la Cruz, en la que fue elevado Jesús, de la que fue el tipo. La vista de aquella, daba la salud corporal a los que padecían mordeduras de las serpientes; pero la fe en la Cruz de Cristo, que nos hace partícipes de su redención, cura la universal mordedura de la serpiente infernal, que es el pecado. La Cruz es la medicina que no sólo cura el mal del pecado, sino que de ella deriva la robustez de la vida divina, porque toda la vida divina le viene al mundo por la muerte de Jesús en la Cruz. Aun bajo el aspecto moral, la Cruz es el báculo de la vida, y la que endulza sus pesares. El cristiano debe estar profundamente enamorado de la Cruz: en ella esta toda salvación.

F) v. 18. — El que no cree, ya está juzgado...—Se ha jugado a sí mismo, porque no ha querido pasar de la infidelidad a la gracia, de la muerte a la vida. Queda, pues, sujeto a la vieja maldición que fulminó Dios contra el pecado, no acogiéndose al beneficio: la redención. Cuando venga Jesús a juzgar al mundo, no hará más que refrendar la antigua sentencia. Si creemos, ajustemos nuestras obras a nuestra fe, haciendo que sean obras de luz, porque la fe sin las obras es muerta; y no puede producir en nosotros frutos de vida divina.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 392-396)